

DARÍO, RUBÉN (1867-1916)

*CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA*

ÍNDICE

PORTADA.

PREFACIO.

- I. Yo soy aquel que ayer no más decía.
- II. Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda («Salutación del optimista»).
- III. Así, sire, en el aire de la Francia nos llega («Al rey Óscar»).
- IV. Yo soy Gaspar. Aquí traigo el incienso («Los tres reyes magos»).
- V. He aquí que Cyrano de Bergerac traspasa («Cyrano en España»).
- VI. Maestro, Pomona levanta su cesto. Tu estirpe («Salutación a Leonardo»).
- VII. Cuando iba yo a montar ese caballo rudo («Pegaso»).
- VIII. ¡Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman («A Roosevelt»).
- IX. ¡Torres de Dios! ¡Poetas!.
- X. Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste («Canto de esperanza»).
- XI. Mientras tenéis, ¡oh negros corazones!
- XII. ¡Oh ruido divino! («Helios»)
- XIII. Jesús, incomparable perdonador de injurias («Spes»).
- XIV. ¡Ya viene el cortejo! («Marcha triunfal»).

LOS CISNES.

- I. ¿Qué signo haces, oh Cisne, con tu encorvado cuello?
- II. El pensador llegó a la barca negra («En la muerte de Rafael Núñez»).
- III. Por un momento, oh Cisne, juntaré mis anhelos.
- IV. ¡Antes de todo, gloria a ti, Leda!

OTROS POEMAS.

- I. Don Gil, Don Juan, Don Lope, Don Carlos, Don Rodrigo («Retratos»).
- II. Sobre el jarrón de cristal («Por el influjo de la primavera»).
- III. La dulzura del ángelus matinal y divino («La dulzura del ángelus»).
- IV. Es la tarde gris y triste («Tarde del Trópico»).
- V. Quiero expresar mi angustia en versos que abolida («Nocturno»).
- VI. Juventud, divino tesoro («Canción de otoño en primavera»).
- VII. Mientras el brillo de tu gloria augura («Trébol»).
- VIII. A Vicente de Paúl, nuestro Rey Cristo («Charitas»).
- IX. ¡Oh, terremoto mental! («No obstante»).
- X. El verso sutil que pasa o se posa («Líbranos, Señor...»).

- XI. Saluda al sol, araña, no seas rencorosa («Filosofía»).
- XII. El cisne en la sombra parece de nieve («Leda»).
- XIII. ¡Divina Psiquis, dulce mariposa invisible! («Divina Psiquis»).
- XIV. ¡De una juvenil inocencia! («El soneto de trece versos»).
- XV. ¡Oh, miseria de toda lucha por lo finito!
- XVI. Phocás el campesino, hijo mío, que tienes («A Phocás el campesino»).
- XVII. ¡Carne, celeste carne de la mujer! Arcilla.
- XVIII. Horas de pesadumbre y de tristeza («Un soneto a Cervantes»).
- XIX. *Dies irae, dies illa!* («Madrigal exaltado»).
- XX. Mar armonioso («Marina»).
- XXI. Cleopompo y Heliodemo, cuya filosofía («Cleopompo y Heliodemo»).
- XXII. Ay, triste del que un día en su esfinge interior («Ay, triste del que un día»).
- XXIII. En el país de las Alegorías.
- XXIV. Hoy pasó un águila («Augurios»).
- XXV. Hermano, tú que tienes la luz, dime la mía («Melancolía»).
- XXVI. Rosas rosadas y blancas, ramas verdes («¡Aleluya!»).
- XXVII. Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no canta ahora? («De otoño»)
- XXVIII. Poderoso visionario («A Goya»).
- XXIX. En la playa he encontrado un caracol de oro («Caracol»).
- XXX. Amar, amar, amar, amar siempre, con todo («Amo, más»).
- XXXI. Marqués (como el Divino lo eres), te saludo («Soneto autumnal al Marqués de Bradomín»).
- XXXII. Los que auscultasteis el corazón de la noche («Nocturno»).
- XXXIII. Sobre el caro despojo esta urna cincelo («Urna votiva»).
- XXXIV. ¡Claras horas de la mañana! («Programa matinal»)
- XXXV. Cuidadoso estoy siempre ante el Ibis de Ovidio («Ibis»).
- XXXVI. *En medio del camino de la vida...* («Thánatos»)
- XXXVII. Bandera que aprisiona («Ofrenda»).
- XXXVIII. A saludar me ofrezco y a celebrar me obligo («Propósito primaveral»).
- XXXIX. Rey de los hidalgos, señor de los tristes («Letanía de nuestro señor don Quijote»).
- XL. Buey que vi en mi niñez echando vaho un día («Allá lejos»).
- XLI. Dichoso el árbol que es apenas sensitivo («Lo fatal»).

## PREFACIO

Podría repetir aquí más de un concepto de las palabras liminares de *Prosas profanas*. Mi respeto por la aristocracia del pensamiento, por la nobleza del Arte siempre es el mismo. Mi antiguo aborrecimiento a la mediocridad, a la mulatez intelectual, a la chatura estética, apenas si se aminora hoy con una razonada indiferencia.

El movimiento de libertad que me tocó iniciar en América se propagó hasta España, y tanto aquí como allá el triunfo está logrado. Aunque respecto a la técnica tuviese demasiado que decir en el país en donde la expresión poética está anquilosada al punto de que la modificación del ritmo ha llegado a ser un artículo de fe, no haré sino una corta advertencia. En todos los países cultos de Europa se ha usado del hexámetro absolutamente clásico sin que la mayoría letrada y, sobre todo, la minoría leída se asustasen de semejante manera de cantar. En Italia ha mucho tiempo, sin citar antiguos, que Carducci ha autorizado los hexámetros; en inglés, no me atrevería casi a indicar, por respeto a la cultura de mis lectores, que la *Evangelina* de Longfellow está en los mismos versos en que Horacio dijo sus mejores pensares. En cuanto al verso libre moderno..., ¿no es verdaderamente singular que en esta tierra de Quevedos y de Góngoras los únicos innovadores del instrumento lírico, los únicos libertadores del ritmo, hayan sido los poetas del *Madrid Cómico* y los libretistas del género chico?

Hago esta advertencia porque la forma es lo que primeramente toca a las muchedumbres. Yo no soy un poeta para muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas.

Cuando dije que mi poesía era «mía, en mí» sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo en mente o voluntad ajena, y en un intenso amor a lo absoluto de la belleza.

Al seguir la vida que Dios me ha concedido tener, he buscado expresarme lo más noble y altamente en mi comprensión; voy diciendo mi verso con una modestia tan orgullosa que solamente las espigas comprenden, y cultivo, entre otras flores, una rosa rosada, concreción del alba, capullo de porvenir, entre el bullicio de la literatura.

Si en estos cantos hay política, es porque aparece universal. Y si encontráis versos a un presidente, es porque son un clamor continental. Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable); de todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los immaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter.

R. D.

# I

Yo soy aquel que ayer no más decía  
el verso azul y la canción profana,  
en cuya noche un ruiseñor había  
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,  
lleno de rosas y de cisnes vagos;  
el dueño de las tórtolas, el dueño  
de góndolas y liras en los lagos;

y muy siglo diez y ocho y muy antiguo  
y muy moderno; audaz, cosmopolita;  
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,  
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia;  
mi juventud..., ¿fue juventud la mía?  
Sus rosas aún me dejan la fragancia...,  
una fragancia de melancolía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto,  
mi juventud montó potro sin freno;  
iba embriagada y con puñal al cinto;  
si no cayó, fue porque Dios es bueno.

En mi jardín se vio una estatua bella,  
se juzgó mármol y era carne viva;  
una alma joven habitaba en ella,  
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera  
que, encerrada en silencio, no salía  
sino cuando en la dulce primavera  
era la hora de la melodía...

Hora de ocaso y de discreto beso;  
hora crepuscular y de retiro;  
hora de madrigal y de embeleso,  
de «te adoro», de «¡ay!» y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego  
de misteriosas gamas cristalinas,  
un renovar de notas del Pan griego  
y un desgranar de músicas latinas,

con aire tal y con ardor tan vivo,  
que a la estatua nacían de repente  
en el muslo viril patas de chivo  
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina  
me encantó la marquesa verleniana,  
y así juntaba a la pasión divina  
una sensual hiperestesia humana;

todo ansia, todo ardor, sensación pura  
y vigor natural; y sin falsía,  
y sin comedia y sin literatura...  
si hay una alma sincera, ésa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo,  
quise encerrarme dentro de mí mismo,  
y tuve hambre de espacio y sed de cielo  
desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura  
en el jugo del mar, fue el dulce y tierno  
corazón mío, henchido de amargura  
por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia  
el Bien supo elegir la mejor parte;  
y si hubo áspera hiel en mi existencia,  
melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,  
bañó el agua castalia el alma mía,  
peregrinó mi corazón y trajo  
de la sagrada selva la armonía.

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda  
emanación del corazón divino  
de la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda  
fuente cuya virtud vence al destino!

Bosque ideal que lo real complica,  
allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;  
mientras abajo el sátiro fornicaba,  
ebria de azul deslía Filomela,

perla de ensueño y música amorosa  
en la cúpula en flor del laurel verde;  
Hipsipila sutil liba en la rosa,  
y la boca del fauno el pezón muerde.

Allí va el dios en celo tras la hembra,  
y la caña de Pan se alza del lodo;  
la eterna vida sus semillas siembra.  
y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,  
temblando de deseo y fiebre santa,  
sobre cardo heridor y espina aguda:  
así sueña, así vibra y así canta.

Vida, luz y verdad, tal triple llama  
produce la interior llama infinita.  
El Arte puro como Cristo exclama:  
*Ego sum lux et veritas et vita!*

Y la vida es misterio, la luz ciega  
y la verdad inaccesible asombra;  
la adusta perfección jamás se entrega,  
y el secreto ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente;  
de desnuda que está, brilla la estrella;  
el agua dice el alma de la fuente  
en la voz de cristal que fluye d'ella.

Tal fue mi intento, hacer del alma pura  
mía una estrella, una fuente sonora,  
con el horror de la literatura  
y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta  
que los celestes éxtasis inspira,  
bruma y tono menor —¡toda la flauta!  
y Aurora, hija del Sol —¡toda la lira!

Pasó una piedra que lanzó una honda;  
pasó una flecha que aguzó un violento.  
La piedra de la honda fue a la onda,  
y la flecha del odio fuese al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;  
con el fuego interior todo se abrasa;  
se triunfa del rencor y de la muerte,  
y hacia Belén... ¡la caravana pasa!

## II

### SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA

Íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,  
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!  
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos  
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos; mágicas  
ondas de vida van renaciendo de pronto;  
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte;  
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña  
y en la caja pandórica, de que tantas desgracias surgieron,  
encontramos de súbito, talismánica, pura, riende,  
cual pudiera decirla en su verso Virgilio divino,  
la divina reina de luz, ¡la celeste Esperanza!

Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a tumba  
o a perpetuo presidio condenasteis al noble entusiasmo,  
ya veréis el salir del sol en un triunfo de lirias,  
mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,  
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,  
digan al orbe: la alta virtud resucita  
que a la hispana progenie hizo dueña de siglos.

Abominad la boca que predice desgracias eternas,  
abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos,  
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres,  
o que la tea empuñan o la daga suicida.

Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,  
la inminencia de algo fatal hoy conmueve a la Tierra;  
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,  
y algo se inicia como vasto social cataclismo  
sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas  
no despiertan entonces en el tronco del roble gigante  
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?  
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos  
y que al auna española juzgase áptera y ciega y tullida?  
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo

ni entre momias y piedras reina que habita el sepulcro,  
la nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,  
que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,  
ni la que tras los mares en que yace sepultada la Atlántida,  
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.

Únanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos;  
formen todos un solo haz de energía ecuménica.  
Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,  
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.

Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente  
que regará lenguas de fuego en esa epifanía.  
Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros  
y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,  
así los manes heroicos de los primitivos abuelos,  
de los egregios padres que abrieron el surco prístino,  
sientan los soplos agrarios de primaverales retornos  
y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,  
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,  
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.

La latina stirpe verá la gran alba futura,  
y en un trueno de música gloriosa, millones de labios  
saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,  
Oriente augusto en donde todo lo cambia y renueva  
la eternidad de Dios, la actividad infinita.  
Y así sea esperanza la visión permanente en nosotros.  
¡Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

### III

#### *AL REY ÓSCAR*

*Le Roi de Suède et de Norvège, après avoir visité Saint-Jean-de-Luz s'est rendu à Hendaye et à Fonterrabie. En arrivant sur le sol espagnol, il a crié: «Vive l'Espagne!»*

*Le Figaro, mars 1899.*

Así, sire, en el aire de la Francia nos llega  
la paloma de plata de Suecia y de Noruega,  
que trae en vez de olivo una rosa de fuego.

Un búcaro latino, un noble vaso griego  
recibirá el regalo del país de la nieve.  
¡Que a los reinos boreales el patrio viento lleve  
otra rosa de sangre y de luz españolas;  
pues sobre la sublime hermandad de las olas,  
al brotar tu palabra, un saludo le envía  
al sol de medianoche el sol de Mediodía!

Si Segismundo siente pesar, Hamlet se inquieta.  
El Norte ama las palmas; y se junta el poeta  
del fiord con el del carmen, porque el mismo oriflama  
es de azur. Su divina cornucopia derrama  
sobre el polo y el trópico la paz; y el orbe gira  
en un ritmo uniforme por una propia lira:  
el Amor. Allá surge Sigurd que al Cid se aúna.  
Cerca de Dulcinea brilla el rayo de luna,  
y la musa de Bécquer del ensueño es esclava  
bajo un celeste palio de luz escandinava.

Sire de ojos azules, gracias: por los laureles  
de cien bravos vestidos de honor; por los claveles  
de la tierra andaluza y la Alhambra del moro;  
por la sangre solar de una raza de oro;  
por la armadura antigua y el yelmo de la gesta;  
por las lanzas que fueron una vasta floresta  
de gloria y que pasaron Pirineos y Andes;  
por Lepanto y Otumba; por el Perú, por Flandes;  
por Isabel que cree, por Cristóbal que sueña  
y Velázquez que pinta y Cortés que domeña;  
por el país sagrado en que Herakles afianza  
sus macizas columnas de fuerza y esperanza,  
mientras Pan trae el ritmo con la egregia siringa  
que no hay trueno que apague ni tempestad que extinga;  
por el león simbólico y la Cruz, gracias, sire.

¡Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,  
mientras la onda cordial aliente un sueño,  
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,  
un buscado imposible, una imposible hazaña,  
una América oculta que hallar, vivirá España!

Y pues tras la tormenta vienes de peregrino  
real, a la morada que entristeció el destino,  
la morada que viste luto su puerta abra  
al purpúreo y ardiente vibrar de tu palabra:

¡Y que sonría, oh rey Óscar, por un instante;  
y tiemble en la flor áurea el más puro brillante  
para quien sobre brillos de corona y de nombre,  
con labios de monarca lanza un grito de hombre!

#### IV

##### LOS TRES REYES MAGOS

—Yo soy Gaspar. Aquí traigo el incienso.  
Vengo a decir: La vida es pura y bella.  
Existe Dios. El amor es inmenso.  
¡Todo lo sé por la divina Estrella!

—Yo soy Melchor. Mi mirra aroma todo.  
Existe Dios. Él es la luz del día.  
La blanca flor tiene sus pies en lodo.  
¡Y en el placer hay la melancolía!

—Yo soy Baltasar. Traigo el oro. Aseguro  
que existe Dios. Él es el grande y fuerte.  
Todo lo sé por el lucero puro  
que brilla en la diadema de la Muerte.

—Gaspar, Melchor y Baltasar, callaos.  
Triunfa el amor, y a su fiesta os convida.  
Cristo resurge, hace la luz del caos  
y tiene la corona de la Vida.

#### V

##### CYRANO EN ESPAÑA

He aquí que Cyrano de Bergerac traspasa  
de un salto el Pirineo. Cyrano está en su casa.  
¿No es en España, acaso, la sangre vino y fuego?  
Al gran gascón saluda y abraza el gran manchego.  
¿No se hacen en España los más bellos castillos?  
Roxanas encarnaron con rosas los Murillos,  
y la hoja toledana que aquí Quevedo empuña  
conócenla los bravos cadetes de Gascuña.  
Cyrano hizo su viaje a la Luna; mas, antes,

ya el divino lunático de don Miguel Cervantes  
pasaba entre las dulces estrellas de su sueño  
jinete en el sublime pegaso Clavileño.  
Y Cyrano ha leído la maravilla escrita,  
y al pronunciar el nombre de Quijote, se quita  
Bergerac el sombrero; Cyrano Balazote  
siente que es lengua suya la lengua del Quijote.  
Y la nariz heroica del gascón se diría  
que husmea los dorados vinos de Andalucía.

Y la espada francesa, por él desenvainada,  
brilla bien en la tierra de la capa y la espada.  
¡Bien venido, Cyrano de Bergerac! Castilla  
te da su idioma, y tu alma, como tu espada, brilla  
al sol que allá en tus tiempos no se ocultó en España.

Tu nariz y penacho no están en tierra extraña,  
pues vienes a la tierra de la Caballería.  
Eres el noble huésped de Calderón. Marta  
Roxana te demuestra que lucha la fragancia  
de las rosas de España con las rosas de Francia,  
y sus supremas gracias, y sus sonrisas únicas,  
y sus miradas, astros que visten negras túnicas,  
y la lira que vibra en su lengua sonora  
te dan una Roxana de España, encantadora.  
¡Oh poeta! ¡Oh celeste poeta de la facha  
grotesca! Bravo y noble y sin miedo y sin tacha,  
príncipe de locuras, de sueños y de rimas:  
Tu penacho es hermano de las más altas cimas.  
del nido de tu pecho una alondra se lanza,  
un hada es tu madrina, y es la Desesperanza;  
y en medio de la selva del duelo y del olvido  
las nueve musas vendan tu corazón herido.  
¿Allá en la Luna hallaste algún mágico prado  
donde vaga el espíritu de Pierrot desolado?  
¿Viste el palacio blanco de los locos del Arte?  
¿Fue acaso la gran sombra de Píndaro a encontrarte?  
¿Contemplaste la mancha roja que entre las rocas  
albas forma el castillo de las Vírgenes locas?  
¿Y en un jardín fantástico de misteriosas flores  
no oíste al melodioso Rey de los ruiseñores?  
No juzgues mi curiosa demanda inoportuna,  
pues todas esas cosas existen en la Luna.  
¡Bien venido, Cyrano de Bergerac! Cyrano  
de Bergerac, cadete y amante, y castellano  
que trae los recuerdos que Durandal abona

al país en que aún brillan las luces de Tizona.  
El Arte es el glorioso vencedor. Es el Arte  
el que vence el espacio y el tiempo; su estandarte,  
pueblos, es del espíritu el azul oriflama.  
¿Qué elegido no corre si su trompeta llama?  
Y a través de los siglos se contestan, oíd:  
la Canción de Rolando y la Gesta del Cid.  
Cyrano va marchando, poeta y caballero,  
al redoblar sonoro del grave Romancero.  
Su penacho soberbio tiene nuestra aureola.  
Son sus espuelas finas de fábrica española.  
Y cuando en su balada Rostand teje el envío,  
creeríase a Quevedo rimando un desaffo.  
¡Bien venido, Cyrano de Bergerac! No seca  
el tiempo el lauro; el viejo Corral de la Pacheca  
recibe al generoso embajador del fuerte  
Molière. En copla gala Tirso su vino vierte.  
Nosotros exprimimos las uvas de Champaña  
para beber por Francia y en un cristal de España.

## VI

### SALUTACIÓN A LEONARDO

Maestro, Pomona levanta su cesto. Tu stirpe  
saluda la aurora. ¡Tu aurora! Que extirpe  
de la indiferencia la mancha; que gaste  
la dura cadena de siglos; que aplaste  
al sapo la piedra de su honda.

Sonrisa más dulce no sabe Gioconda.  
El verso su ala y el ritmo su onda  
hermanan en una  
dulzura de luna  
que suave resbala  
(el ritmo de la onda y el verso del ala  
del mágico Cisne, sobre la laguna)  
sobre la laguna.

Y así, soberano maestro  
del estro,  
las vagas figuras  
del sueño se encaman en líneas tan puras,  
que el sueño

recibe la sangre del mundo mortal,  
y Psiquis consigue su empeño  
de ser advertida a través del terrestre cristal.

*(Los bufones  
que hacen sonreír a Monna Lisa,  
saben canciones  
que ha tiempo en los bosques de Grecia decía la risa  
de la brisa.)*

Pasa su Eminencia.  
Como flor o pecado en su traje  
rojo;  
como flor o pecado, o conciencia  
de sutil monseñor que a su paje  
mira con vago recelo o enojo.  
Nápoles deja a la abeja de oro  
hacer su miel  
en su fiesta de azul; y el sonoro  
bandolín y el laurel  
nos anuncia Florencia.

Maestro, si allá en Roma  
quema el sol de Segor y Sodoma  
la amarga ciencia  
de purpúreas banderas, tu gesto  
las palmas nos da redimidas,  
bajo los arcos  
de tu genio: San Marcos  
y Partenón de luces y líneas y vidas.

*(Tus bufones  
que hacen la risa  
de Monna Lisa  
saben tus antiguas canciones.)*

Los leones de Asuero  
junto al trono para recibirte,  
mientras sonrío el divino Monarca;  
pero  
hallarás la sirte,  
la sirte para tu Parca  
si partís en la lírica barca  
con tu Gioconda...  
La onda  
y el viento

saben la tempestad para tu cargamento.  
¡Maestro!  
pero tú en cabalgar y domar fuiste diestro.  
Pasiones e ilusiones:  
a unas con el freno, a otras con el cabestro  
las domaste, cebras o leones.  
Y en la selva del Sol, prisionera  
tuviste la fiera  
de la luz; y esa loca fue casta  
cuando dijiste: «Basta.»  
Seis meses maceraste tu Ester en tus aromas.  
De tus techos reales volaron las palomas.

Por tu cetro y su gracia sensitiva,  
por tu copa de oro en que sueñan las rosas,  
en mi ciudad, que es tu cautiva,  
tengo un jardín de mármol y de piedras preciosas  
que custodia una esfinge viva.

## VII

### PEGASO

Cuando iba yo a montar ese caballo rudo  
y tembloroso, dije: «La vida es pura y bella»,  
entre sus cejas vivas vi brillar una estrella.  
El cielo estaba azul, y yo estaba desnudo.

Sobre mi frente Apolo hizo brillar su escudo  
y de Belerofonte logré seguir la huella.  
Toda cima es ilustre si Pegaso la sella,  
y yo, fuerte, he subido donde Pegaso pudo.

¡Yo soy el caballero de la humana energía,  
yo soy el que presenta su cabeza triunfante  
coronada con el laurel del Rey del día;  
domador del corcel de cascos de diamante,  
voy en un gran volar, con la aurora por guía,  
adelante en el vasto azur, siempre adelante!

## VIII

### A ROOSEVELT

¡Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman,  
que habría que llegar hasta ti, Cazador!  
Primitivo y moderno, sencillo y complicado,  
con un algo de Washington y cuatro de Nemrod.  
Eres los Estados Unidos,  
eres el futuro invasor  
de la América ingenua que tiene sangre indígena,  
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;  
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.  
Y domando caballos, o asesinando tigres,  
eres un Alejandro-Nabucodonosor.  
(Eres un profesor de energía,  
como dicen los locos de hoy.)

Crees que la vida es incendio,  
que el progreso es erupción;  
en donde pones la bala  
el porvenir pones.  
No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.  
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor  
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.  
Si clamáis, se oye como el rugir del león.  
Ya Hugo a Grant le dijo: «Las estrellas son vuestras.»  
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol  
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.  
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;  
y alumbrando el camino de la fácil conquista,  
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.

Mas la América nuestra, que tenía poetas  
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,  
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,  
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;  
que consultó los astros, que conoció la Atlántida,  
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,  
que desde los remotos momentos de su vida  
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,  
la América del gran Moctezuma, del Inca,

la América fragante de Cristóbal Colón,  
la América católica, la América española,  
la América en que dijo el noble Guatemoc:  
«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América  
que tiembla de huracanes y que vive de Amor,  
hombres de ojos sajones y alma bábara, vive.  
Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.  
Tened cuidado. ¡Vive la América española!  
Hay mil cachorros sueltos del León Español.  
Se necesitaría, Roosevelt, ser Dios mismo,  
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,  
para poder tenemos en vuestras férreas garras.  
Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

## IX

¡Torres de Dios! ¡Poetas!  
¡Pararrayos celestes,  
que resistís las duras tempestades,  
como crestas escuetas,  
como picos agrestes,  
rompeolas de las eternidades!

La mágica esperanza anuncia un día  
en que sobre la roca de armonía  
expirará la pérfida sirena.  
¡Esperad, esperemos todavía!

Esperad todavía.  
El bestial elemento se solaza  
en el odio a la sacra poesía  
y se arroja baldón de raza a raza.  
La insurrección de abajo  
tiende a los Excelentes.  
El caníbal codicia su tasajo  
con roja encía y afilados dientes.  
Torres, poned al pabellón sonrisa.  
Poned ante ese mal y ese recelo  
una soberbia insinuación de brisa  
y una tranquilidad de mar y cielo...

## X

### CANTO DE ESPERANZA

Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.  
Un soplo milenario trae amagos de peste.  
Se asesinan los hombres en el extremo Este.

¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?  
Se han sabido presagios y prodigios se han visto  
y parece inminente el retomo de Cristo.

La Tierra está preñada de dolor tan profundo  
que el soñador, imperial meditabundo,  
sufre con las angustias del corazón del mundo.

Verdugos de ideales afligieron la Tierra,  
en un pozo de sombra la humanidad se encierra  
con los rudos molosos del odio y de la guerra.  
¡Oh, Señor Jesucristo!, ¿por qué tardas, qué esperas  
para tender tu mano de luz sobre las fieras  
y hacer brillar al sol tus divinas banderas?

Surge de pronto y vierte la esencia de la vida  
sobre tanta alma loca, triste o empedernida  
que, amante de tinieblas, tu dulce aurora olvida.

Ven, Señor, para hacer la gloria de ti mismo,  
ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo,  
ven a traer amor y paz sobre el abismo.

Y tu caballo blanco, que miró el visionario,  
pase. Y suene el divino clarín extraordinario.  
Mi corazón será brasa de tu incensario.

## XI

Mientras tenéis, ¡oh negros corazones!,  
conciliábulos de odio y de miseria,  
el órgano de Amor riega sus sonos.  
Cantan; oíd: «La vida es dulce y seria.»

Para ti, pensador meditabundo,  
pálido de sentirte tan divino,

es más hostil la parte agria del mundo.  
Pero tu carne es pan, tu sangre es vino.

Dejad pasar la noche de la cena  
—¡oh Shakespeare pobre, y oh Cervantes manco!—  
y la pasión del vulgo que condena.  
Un gran Apocalipsis horas futuras llena.  
¡Ya surgirá vuestro Pegaso blanco!

## XII

### HELIOS

¡Oh ruido divino,  
oh ruido sonoro!  
Lanzó la alondra matinal el trino,  
y sobre ese preludio cristalino,  
los caballos de oro  
de que el Hiperionida  
lleva la rienda asida,  
al trotar forman música armoniosa,  
un argentino trueno,  
y en el azul sereno  
con sus cascos de fuego dejan huellas de rosa.  
Adelante, oh cochero  
celeste, sobre Osa;  
y Pelión sobre Titania viva.  
Atrás se queda el trémulo matutino lucero,  
y el universo el verso de su música activa,  
Pasa el dominador, ¡oh conductor del carro  
de la mágica ciencia! Pasa, pasa, ¡oh bizarro  
manejador de la fatal cuadriga  
que al pisar sobre el viento  
despierta el instrumento  
sacro! Tiemblan las cumbres  
de los montes más altos,  
que en sus rítmicos saltos  
tocó Pegaso. Giran muchedumbres  
de águilas bajo el vuelo  
de tu poder fecundo,  
y si hay algo que iguale la alegría del cielo,  
es el gozo que enciende las entrañas del mundo.

¡Helios!, tu triunfo es ése,  
pese a las sombras, pese  
la noche, y al miedo, y a la lívida Envidia.  
Tú pasas, y la sombra, y el daño, y la desidia,  
la negra pereza, hermana de la muerte,  
y el alacrán del odio que su ponzoña vierte,  
y Satán todo, emperador de las tinieblas,  
se hunden, caen. Y haces el alba rosa, y pueblas  
de amor y de virtud las humanas conciencias,  
riegas todas las artes, brindas todas las ciencias;  
los castillos de duelo de la maldad derrumbas,  
abres todos los nidos, cierras todas las tumbas,  
y sobre los vapores del tenebroso Abismo,  
pintas la Aurora, el Oriflama de Dios mismo.  
¡Helios! Portaestandarte  
de Dios, padre del Arte,  
la paz es imposible, mas el amor eterno.  
Danos siempre el anhelo de la vida,  
y una chispa sagrada de tu antorcha encendida  
con que esquivar podamos la entrada del infierno.

Que sientan las naciones  
el volar de tu carro, que hallen los corazones  
humanos en el brillo de tu carro, esperanza;  
que del alma Quijote, y el cuerpo Sancho Panza  
vuele una psique cierta a la verdad del sueño;  
que hallen las ansias grandes de este vivir pequeño  
una realización invisible y suprema,  
¡Helios! ¡Que no nos mate tu llama, que nos quema!  
Gloria hacia ti del corazón de las manzanas,  
de los cálices blancos de los lirios,  
y del amor que manas  
hecho de dulces fuegos y divinos martirios,  
y del volcán inmenso,  
y del hueso minúsculo,  
y del ritmo que pienso,  
y del ritmo que vibra en el corpúsculo,  
y del oriente intenso  
y de la melodía del crepúsculo.

¡Oh, ruido divino!  
Pasa sobre la cruz del palacio que duerme,  
y sobre el alma inerme  
de quien no sabe nada. No turbes el destino,  
¡oh ruido sonoro!  
El hombre, la nación, el continente, el mundo,

aguardan la virtud de tu carro fecundo,  
¡cochero azul que riges los caballos de oro!

### XIII

#### SPES

Jesús, incomparable perdonador de injurias,  
oye; Sembrador de trigo, dame el tierno  
pan de tus hostias; dame, contra el sañudo infierno,  
una gracia lustral de iras y lujurias.

Dime que este espantoso horror de la agonía  
que me obsede, es no más de mi culpa nefanda,  
que al morir hallaré la luz de un nuevo día  
y que entonces oiré mi «¡Levántate y anda!»

### XIV

#### MARCHA TRIUNFAL

¡Ya viene el cortejo!  
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.  
La espada se anuncia con vivo reflejo;  
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines.

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,  
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas trompetas,  
la gloria solemne de los estandartes  
llevados por manos robustas de heroicos atletas.  
Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,  
los frenos que tascan los fuertes caballos de guerra,  
los cascos que hieren la tierra  
y los timbaleros,  
que el paso acompañan con ritmos marciales.  
¡Tal pasan los fieros guerreros  
debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,  
su canto sonoro,  
su cálido coro,  
que envuelve en un trueno de oro

la augusta soberbia de los pabellones.  
Él dice la lucha, la herida venganza,  
las ásperas crines,  
los rudos penachos, la pica, la lanza,  
la sangre que riega de heroicos carmines  
la tierra;  
los negros mastines  
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos  
anuncian el advenimiento  
triumfal de la Gloria;  
dejando el picacho que guarda sus nidos,  
tendiendo sus alas enormes al viento,  
los cóndores llegan. ¡Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.  
Señala el abuelo los héroes al niño.  
Ved cómo la barba del viejo  
los bucles de oro circundan de armiño.  
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,  
y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;  
y la más hermosa  
sonríe al más fiero de los vencedores.  
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;  
honor al herido y honor a los fieles  
soldados que muerte encontraron por mano extranjera!

¡Clarines! ¡Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,  
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros: —  
Las viejas espadas de los granaderos, más fuertes que osos.  
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros. —  
Las trompas guerreras resuenan;  
de voces los aires se llenan...  
—A aquellas antiguas espadas,  
a aquellos ilustres aceros,  
que encaman las glorias pasadas...  
Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,  
y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros,  
al que ama la insignia del suelo materno,  
al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,  
los soles del rojo verano,  
las nieves y vientos del gélido invierno,  
la noche, la escarcha

y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,  
¡saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha  
triumfal!...

## *LOS CISNES*

*A Juan R. Jiménez*

### ÍNDICE

- I. ¿Qué signo haces, oh Cisne, con tu encorvado cuello?
- II. El pensador llegó a la barca negra («En la muerte de Rafael Núñez»).
- III. Por un momento, oh Cisne, juntaré mis anhelos.
- IV. ¡Antes de todo, gloria a ti, Leda!

### I

#### ¿QUÉ SIGNO HACES...?

¿Qué signo haces, oh Cisne, con tu encorvado cuello  
al paso de los tristes y errantes soñadores?  
¿Por qué tan silencioso de ser blanco y ser bello,  
tiránico a las aguas e impasible a las flores?

Yo te saludo ahora como en versos latinos  
te saludara antaño Publio Ovidio Nasón.  
Los mismos ruiseñores cantan los mismos trinos,  
y en diferentes lenguas es la misma canción.

A vosotros mi lengua no debe ser extraña.  
A Garcilaso visteis, acaso, alguna vez...  
Soy un hijo de América, soy un nieto de España...  
Quevedo pudo hablaros en verso en Aranjuez...

Cisnes, los abanicos de vuestras alas frescas  
den a las frentes pálidas sus caricias más puras  
y alejen vuestras blancas figuras pintorescas  
de nuestras mentes tristes las ideas oscuras.

Brumas septentrionales nos llenan de tristezas,  
se mueren nuestras rosas, se agostan nuestras palmas,  
casi no hay ilusiones para nuestras cabezas,  
y somos los mendigos de nuestras pobres almas.

Nos predicán la guerra con águilas feroces,  
gerifaltes de antaño revienen a los puños,  
mas no brillan las glorias de las antiguas hoces,  
ni hay Rodrigos ni Jaimes, ni hay Alfonsos ni Nuños.

Faltos del alimento que dan las grandes cosas,  
¿qué haremos los poetas sino buscar tus lagos?  
A falta de laureles son muy dulces las rosas,  
y a falta de victorias busquemos los halagos.

La América Española como la España entera  
fija está en el Oriente de su fatal destino;  
yo interrogo a la Esfinge que el porvenir espera  
con la interrogación de tu cuello divino.

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?  
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?  
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?  
¿Callaremos ahora para llorar después?

He lanzado mi grito, Cisnes, entre vosotros,  
que habéis sido los fieles en la desilusión,  
mientras siento una fuga de americanos potros  
y el estertor postrero de un caduco león...

...Y un cisne negro dijo: «La noche anuncia el día.»  
Y uno blanco: «¡La aurora es inmortal, la aurora  
es inmortal!» ¡Oh tierras de sol y de armonía,  
aún guarda la Esperanza la caja de Pandora!

## II

### EN LA MUERTE DE RAFAEL NÚÑEZ

*Que sais-je?*

El pensador llegó a la barca negra;  
y le vieron hundirse

en las brumas del lago del Misterio  
los ojos de los Cisnes.

Su manto de poeta  
reconocieron los ilustres lises  
y el laurel y la espina entremezclados  
sobre la frente triste.

A lo lejos alzábanse los muros  
de la ciudad teológica, en que vive  
la sempiterna Paz. La negra barca  
llegó a la ansiada costa, y el sublime  
espíritu gozó la suma gracia;  
y ¡oh Montaigne! Núñez vio la cruz erguirse,  
y halló al pie de la sacra Vencedora  
el helado cadáver de la Esfinge.

### III

#### POR UN MOMENTO

Por un momento, oh Cisne, juntaré mis anhelos  
a los de tus dos alas que abrazaron a Leda,  
y a mi maduro ensueño, aún vestido de seda,  
dirás, por los Dioscuros, la gloria de los cielos.

Es el otoño. Ruedan de la flauta consuelos.  
Por un instante, oh Cisne, en la oscura alameda  
sorberé entre dos labios lo que el Pudor me veda,  
y dejaré mordidos Escrúpulos y Celos.

Cisne, tendré tus alas blancas por un instante,  
y el corazón de rosa que hay en tu dulce pecho  
palpará en el mío con su sangre constante.

Amor será dichoso, pues estará vibrante  
el júbilo que pone al gran Pan en acecho  
mientras un ritmo esconde la fuente de diamante.

## IV

### ANTES DE TODO

¡Antes de todo, gloria a ti, Leda!;  
tu dulce vientre cubrió de seda  
el Dios. ¡Miel y oro sobre la brisa!  
Sonaban alternativamente  
flauta y cristales. Pan y la fuente.  
¡Tierra era canto. Cielo sonrisa!

Ante el celeste, supremo acto,  
dioses y bestias hicieron pacto.  
Se dio a la alondra la luz del día,  
se dio a los buhos sabiduría,  
y melodías al ruiseñor.  
A los leones fue la victoria,  
para las águilas toda la gloria,  
y a las palomas todo el amor.

Pero vosotros sois los divinos  
príncipes. Vagos como las naves,  
inmaculados como los linos,  
maravillosos como las aves.

En vuestros picos tenéis las prendas,  
que manifiestan corales puros.  
Con vuestros pechos abrí las sendas  
que arriba indican los Dioscuros.

Las dignidades de vuestros actos,  
eternizadas en lo infinito,  
hacen que sean ritmos exactos,  
voces de ensueño, luces de mito.

De orgullo olímpico sois el resumen,  
¡oh, blancas urnas de la armonía!  
Ebúrneas joyas que anima un numen  
con su celeste melancolía.

¡Melancolía de haber amado.  
junto a la fuente de la arboleda,  
el luminoso cuello estirado  
entre los blancos muslos de Leda!

## OTROS POEMAS

*Al Doctor Adolfo Altamirano*

### ÍNDICE

- I. Don Gil, Don Juan, Don Lope, Don Carlos, Don Rodrigo («Retratos»).
- II. Sobre el jarrón de cristal («Por el influjo de la primavera»).
- III. La dulzura del ángelus matinal y divino («La dulzura del ángelus»).
- IV. Es la tarde gris y triste («Tarde del Trópico»).
- V. Quiero expresar mi angustia en versos que abolida («Nocturno»).
- VI. Juventud, divino tesoro («Canción de otoño en primavera»).
- VII. Mientras el brillo de tu gloria augura («Trébol»).
- VIII. A Vicente de Paúl, nuestro Rey Cristo («Charitas»).
- IX. ¡Oh, terremoto mental! («No obstante»).
- X. El verso sutil que pasa o se posa («Líbranos, Señor...»).
- XI. Saluda al sol, araña, no seas rencorosa («Filosofía»).
- XII. El cisne en la sombra parece de nieve («Leda»).
- XIII. ¡Divina Psiquis, dulce mariposa invisible! («Divina Psiquis»).
- XIV. ¡De una juvenil inocencia! («El soneto de trece versos»).
- XV. ¡Oh, miseria de toda lucha por lo finito!
- XVI. Phocás el campesino, hijo mío, que tienes («A Phocás el campesino»).
- XVII. ¡Carne, celeste carne de la mujer! Arcilla.
- XVIII. Horas de pesadumbre y de tristeza («Un soneto a Cervantes»).
- XIX. *Dies irae, dies illa!* («Madrigal exaltado»).
- XX. Mar armonioso («Marina»).
- XXI. Cleopompo y Heliodemo, cuya filosofía («Cleopompo y Heliodemo»).
- XXII. Ay, triste del que un día en su esfinge interior («Ay, triste del que un día»).
- XXIII. En el país de las Alegorías.
- XXIV. Hoy pasó un águila («Augurios»).
- XXV. Hermano, tú que tienes la luz, dame la mía («Melancolía»).
- XXVI. Rosas rosadas y blancas, ramas verdes («¡Aleluya!»).
- XXVII. Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no canta ahora? («De otoño»)
- XXVIII. Poderoso visionario («A Goya»).
- XXIX. En la playa he encontrado un caracol de oro («Caracol»).
- XXX. Amar, amar, amar, amar siempre, con todo («Amo, más»).
- XXXI. Marqués (como el Divino lo eres), te saludo («Soneto autumnal al Marqués de Bradamín»).
- XXXII. Los que auscultasteis el corazón de la noche («Nocturno»).
- XXXIII. Sobre el caro despojo esta urna cincelo («Urna votiva»).
- XXXIV. ¡Claras horas de la mañana! («Programa matinal»)
- XXXV. Cuidadoso estoy siempre ante el Ibis de Ovidio («Ibis»).
- XXXVI. *En medio del camino de la vida...* («Thánatos»)
- XXXVII. Bandera que aprisiona («Ofrenda»).

XXXVIII. A saludar me ofrezco y a celebrar me obligo («Propósito primaveral»).

XXXIX. Rey de los hidalgos, señor de los tristes («Letanía de nuestro señor don Quijote»).

XL. Buey que vi en mi niñez echando vaho un día («Allá lejos»).

XLI. Dichoso el árbol que es apenas sensitivo («Lo fatal»).

I

## RETRATOS

I

Don Gil, Don Juan, Don Lope, Don Carlos, Don Rodrigo,  
¿cúya es esta cabeza soberbia? ¿Esa faz fuerte?  
¿Esos ojos de jaspe? ¿Esa barba de trigo?  
Éste fue un caballero que persiguió a la Muerte.

Cien veces hizo cosas tan sonoras y grandes,  
que de águilas poblaron el campo de su escudo;  
y ante su rudo tercio de América o de Flandes  
quedó el asombro ciego, quedó el espanto mudo.

La coraza revela fina labor; la espada  
tiene la cruz que erige sobre su tumba el miedo;  
y bajo el puño firme que da su luz dorada,  
se afianza el rayo sólido del yunque de Toledo.

Tiene labios de Borgia, sangrientos labios dignos  
de exquisitas calumnias, de rezar oraciones  
y de decir blasfemias: rojos labios malignos  
florecidos de anécdotas en cien Decamerones.

Y con todo, este hidalgo de un tiempo indefinido,  
fue abad solitario de un ignoto convento,  
y dedicó en la muerte sus hechos: «¡AL OLVIDO!»  
y el grito de su vida luciferina: «¡AL VIENTO!»

En la forma cordial de la boca, la fresa  
solemniza su púrpura; y en el sutil dibujo  
del óvalo del rostro de la blanca abadesa  
la pura frente es ángel y el ojo negro es brujo.

Al marfil monacal de esa faz misteriosa  
brotó una dulce luz de un resplandor interno,

que enciende en las mejillas una celeste rosa  
en que su pincelada fatal puso el Infierno.

¡Oh, Sor María! ¡Oh, Sor María! ¡Oh, Sor María!,  
la mágica mirada y el continente regio,  
¿no hicieron en un alma pecaminosa un día  
brotar el encendido clavel del sacrilegio?

Y parece que el hondo mirar cosas dijera,  
especiosas y ungidadas de miel y de veneno.  
(Sor María murió condenada a la hoguera:  
dos abejas volaron de las rosas del seno.)

## II

### POR EL INFLUJO DE LA PRIMAVERA

Sobre el jarrón de cristal  
hay flores nuevas. Anoche  
hubo una lluvia de besos.  
Despertó un fauno bicorne  
tras un alma sensitiva.  
Dieron su olor muchas flores.  
En la pasional siringa  
brotaron las siete voces  
que en siete carrizos puso  
Pan.

Antiguos ritos paganos  
se renovaron. La estrella  
de Venus brilló más límpida  
y diamantina. Las fresas  
del bosque dieron su sangre.

El nido estuvo de fiesta.  
Un ensueño florentino  
se enfloró de primavera,  
de modo que en carne viva  
renacieron ansias muertas.  
Imaginaos un roble  
que diera una rosa fresca;  
un buen egipán latino  
con una bacante griega  
y parisiense. Una música

magnífica. Una suprema  
inspiración primitiva,  
llena de cosas modernas.  
Un vasto orgullo viril  
que aroma el *odor di femina*;  
un tronco de roca en donde  
descansa un lirio.

—¡Divina Estación! ¡Divina  
Estación! Sonríe el alba  
más dulcemente. La cola  
del pavo real exalta  
su prestigio. El sol aumenta  
su íntima influencia; el arpa  
de los nervios vibra sola.  
¡Oh, Primavera sagrada!  
¡Oh, gozo del don sagrado  
de la vida! ¡Oh, bella palma  
sobre nuestras frentes! ¡Cuello  
del cisne! ¡Paloma blanca!  
¡Rosa roja! ¡Palio azul!  
¡Y todo por ti, oh alma!  
Y por ti, cuerpo, y por ti,  
idea, que los enlazas.  
¡Y por Ti, lo que buscamos  
y no encontraremos nunca,  
jamás!

### III

#### LA DULZURA DEL ÁNGELUS

La dulzura del ángelus matinal y divino  
que diluyen ingenuas campanas provinciales,  
en un aire inocente a fuerza de rosales,  
de plegaria, de ensueño de virgen y de trino

de ruiñeñor, opuesto todo al raudo destino  
que no cree en Dios... El áureo ovillo vespertino  
que la tarde devana tras opacos cristales  
por tejer la inconsútil tela de nuestros males

todos hechos de carne y aromados de vino...  
Y esta atroz amargura de no gustar de nada,  
de no saber adónde dirigir nuestra prora

mientras el pobre esquife en la noche cerrada  
va en las hostiles olas huérfano de la aurora...  
(¡Oh, suaves campanas entre la madrugada!)

#### IV

#### TARDE DEL TRÓPICO

Es la tarde gris y triste.  
Viste el mar de terciopelo  
y el cielo profundo viste  
de duelo.

Del abismo se levanta  
la queja amarga y sonora.  
La onda, cuando el viento canta,  
llora.

Los violines de la bruma  
saludan al sol que muere.  
Salmodia la blanca espuma:  
miserere.

La armonía el cielo inunda,  
y la brisa va a llevar  
la canción triste y profunda  
del mar.

Del clarín del horizonte  
brotó sinfonía rara,  
como si la voz del monte  
vibrara.

Cual si fuese lo invisible...  
cual si fuese el rudo son  
que diese al viento un terrible  
león.

V

## NOCTURNO

Quiero expresar mi angustia en versos que abolida  
dirán mi juventud de rosas y de ensueños,  
y la desfloración amarga de mi vida  
por un vasto dolor y cuidados pequeños.

Y el viaje de un vago Oriente por entrevistados barcos,  
y el grano de oraciones que floreció en blasfemia,  
y los azoramientos del cisne entre los charcos,  
y el falso azul nocturno de inquerida bohemia.

Lejano clavicordio que en silencio y olvido  
no diste nunca al sueño la sublime sonata,  
huérfano esquife, árbol insigne, oscuro nido  
que suavizó la noche de dulzura de plata...

Esperanza olorosa a hierbas frescas, trino  
del ruiñón primaveral y matinal,  
azucena tronchada por un fatal destino,  
rebusca de la dicha, persecución del mal...

El ánfora funesta del divino veneno  
que ha de hacer por la vida la tortura interior,  
la conciencia espantable de nuestro humano cieno  
y el horror de sentirse pasajero, el horror

de ir a tientas, en intermitentes espantos,  
hacia lo inevitable, desconocido, y la  
pesadilla brutal de este dormir de llantos  
¡de la cual no hay más que Ella que nos despertará!

VI

## CANCIÓN DE OTOÑO EN PRIMAVERA

*A Martínez Sierra.*

Juventud, divino tesoro,  
¡ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro...  
Y a veces lloro sin querer...

Plural ha sido la celeste  
historia de mi corazón.  
Era una dulce nina, en este  
mundo de duelo y aflicción.

Miraba como el alba pura;  
sonreía como una flor.  
Era su cabellera oscura  
hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño.  
Ella, naturalmente, fue,  
para mi amor hecho de armiño,  
Herodías y Salomé...

Juventud, divino tesoro,  
¡ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro...  
Y a veces lloro sin querer...

Y más consoladora y más  
halagadora y expresiva,  
la otra fue más sensitiva  
cual no pensé encontrar jamás.

Pues a su continua ternura  
una pasión violenta unía.  
En un peplo de gasa pura  
una bacante se envolvía...

En brazos tomó mi ensueño  
y lo arrulló como a un bebé...  
y le mató, triste y pequeño,  
falto de luz, falto de fe...

Juventud, divino tesoro,  
¡te fuiste para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro...  
Y a veces lloro sin querer...

Otra juzgó que era mi boca  
el estuche de su pasión;  
y que me roería, loca,  
con sus dientes el corazón,

poniendo en un amor de exceso  
la mira de su voluntad,  
mientras eran abrazo y beso  
síntesis de la eternidad;  
y de nuestra carne ligera  
imaginar siempre un Edén,  
sin pensar que la Primavera  
y la carne acaban también...

Juventud, divino tesoro,  
¡ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro,  
¡y a veces lloro sin querer!

¡Y las demás! En tantos climas,  
en tantas tierras siempre son,  
si no pretextos de mis rimas,  
fantasmas de mi corazón.

En vano busqué a la princesa  
que estaba triste de esperar.  
La vida es dura. Amarga y pesa.  
¡Ya no hay princesa que cantar!

Mas a pesar del tiempo terco,  
mi sed de amor no tiene fin;  
con el cabello gris, me acerco  
a los rosales del jardín...

Juventud, divino tesoro,  
¡ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro...  
Y a veces lloro sin querer.»

¡Mas es mía el Alba de oro!

VII

TRÉBOL

I

DE DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE  
A DON DIEGO DE SILVA VELÁZQUEZ.

Mientras el brillo de tu gloria augura  
ser en la eternidad sol sin poniente,  
fénix de viva luz, fénix ardiente,  
diamante parangón de la pintura,  
de España está sobre la veste oscura  
tu nombre, como joya reluciente;  
rompe la Envidia el fatigado diente,  
y el Olvido lamenta su amargura.

Yo en equívoco altar, tú en sacro fuego,  
miro a través de mi penumbra el día  
que en el calor de tu amistad, Don Diego,

jugando de la luz con la armonía,  
con la alma luz, de tu pincel el juego  
el alma duplicó de la faz mía.

## II

DE DON DIEGO DE SILVA VELÁZQUEZ  
A DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

Alma de oro, fina voz de oro,  
al venir hacia mí, ¿por qué suspiras?  
Ya empieza el noble coro de las liras  
a preludiar el himno a tu decoro;

ya al misterioso son del noble coro  
calma el Centauro sus grotescas iras,  
y con nueva pasión que les inspiras,  
tornan a amarse Angélica y Medoro.

A Teócrito y Possin la Fama dote  
con la corona de laurel supremo;  
que en dote da Cervantes el Quijote

y yo las telas con mis luces gemo;  
para Don Luis de Góngora y Argote  
traerá una nueva palma Polifemo.

## III

En tanto «pace estrellas» el Pegaso divino,  
y vela tu hipogrifo, Velázquez, la Fortuna,  
en los celestes parques al Cisne gongorino  
deshoja sus sutiles margaritas la Luna.

Tu castillo, Velázquez, se eleva en el camino  
del Arte como torre que de águilas es cuna,  
y tu castillo, Góngora, se alza al azul cual una  
jaula de ruiseñores labrada en oro fino.

Gloriosa la península que abriga tal colonia.  
¡Aquí bronce corintio y allá mármol de Jonia!  
Las rosas a Velázquez, y a Góngora claveles.

De ruiseñores y águilas se pueblen las encinas,  
y mientras pasa Angélica sonriendo a las Meninas,  
salen las nueve musas de un bosque de laureles.

## VIII

### «CHARITAS»

A Vicente de Paúl, nuestro Rey Cristo  
con dulce lengua dice:  
—Hijo mío, tus labios  
dignos son de imprimirse  
en la herida que el ciego  
en mi costado abrió. Tu amor sublime  
tiene sublime premio: asciende y goza  
el alto galardón que conseguiste.

El alma de Vicente llega al coro  
de los alados ángeles que al triste  
mortal custodia: eran más brillantes  
que los celestes astros. Cristo: —Sigue  
—dijo al amado espíritu del Santo.

Ve entonces la región en donde existen  
los augustos Arcángeles, zodiaco  
de diamantina nieve, indestructibles  
ejércitos de luz y mensajeras  
castas palomas o águilas insignes.

Luego la majestad esplendorosa  
del coro de los Príncipes,  
que las divinas órdenes realizan  
y en el humano espíritu presiden;  
el coro de las altas Potestades  
que al torrente infernal levantan diques:  
el coro de las místicas Virtudes,  
las huellas de los mártires  
y las intactas manos de las vírgenes;  
el coro prestigioso  
de las Dominaciones que dirigen  
nuestras almas al bien, y el coro excelso  
de los Tronos insignes,  
que del Eterno el solio,  
cariátides de luz indefinible,  
sostienen por los siglos de los siglos,  
y al coro de Querubes que compite  
con la antorcha del Sol.

Por fin, la gloria  
de teológico fuego en que se erigen  
las llamas vivas de inmortal esencia.

Cristo al Santo bendice  
y así penetra el Serafín de Francia  
al coro de los ígneos Serafines.

IX

NO OBSTANTE

¡Oh, terremoto mental!  
Yo sentí un día en mi cráneo  
como el caer subitáneo  
de una Babel de cristal.

De Pascal miré el abismo,  
y vi lo que pudo ver  
cuando sintió Baudelaire  
«el ala del idiotismo».

Hay, no obstante, que ser fuerte:  
pasar todo precipicio

y ser vencedor del Vicio,  
de la Locura y la Muerte.

X

LÍBRANOS, SEÑOR...

El verso sutil que pasa o se posa  
sobre la mujer o sobre la rosa,  
beso puede ser o ser mariposa.

En la fresca por el verso sutil;  
el triunfo de Amor en el mes de abril:  
Amor, verso y flor, la niña gentil.

Amor y dolor. Halagos y enojos.  
Herodías ríe en los labios rojos.  
Dos verdugos hay que están en los ojos.

Oh, saber amar es saber sufrir,  
amar y sufrir, sufrir y sentir,  
y el hacha besar que nos ha de herir...

¡Rosa de dolor, gracia femenina;  
inocencia y luz, corola divina  
y aroma fatal y cruel espina!...

Líbranos, Señor, de abril y la flor,  
y del cielo azul, y del ruiseñor,  
de dolor y amor, líbranos. Señor.

XI

FILOSOFÍA

Saluda al sol, araña, no seas rencorosa.  
Da tus gracias a Dios, oh sapo, pues que eres.  
El peludo cangrejo tiene espinas de rosa  
y los moluscos reminiscencias de mujeres.  
Saber ser lo que sois, enigmas siendo formas;  
deja la responsabilidad a las Normas,

que a su vez la enviarán al Todopoderoso...  
(Toca, grillo, a la luz de la Luna; y dance el oso.)

## XII

### LEDA

El cisne en la sombra parece de nieve;  
su pico es de ámbar, del alba al trasluz;  
el suave crepúsculo que pasa tan breve  
las cándidas alas sonrosa de luz.

Y luego, en las ondas del lago azulado,  
después que la aurora perdió su arrebol,  
las alas tendidas y el cuello enarcado,  
el cisne es de plata, bañado de sol.

Tal es cuando esponja las plumas de seda,  
olímpico pájaro herido de amor,  
y viola en las linfas sonoras a Leda,  
buscando su pico los labios en flor.

Suspira la bella desnuda y vencida,  
y en tanto que al aire sus quejas se van,  
del fondo verdoso de fronda tupida  
chispean turbados los ojos de Pan.

## XIII

### DIVINA PSIQUIS

¡Divina Psiquis, dulce mariposa invisible  
que desde los abismos has venido a ser todo  
lo que en mi ser nervioso y en mi cuerpo sensible  
forma la chispa sacra de la estatua de lodo!

Te asomas por mis ojos a la luz de la Tierra  
y prisionera vives en mí de extraño dueño;  
te reducen a esclava mis sentidos en guerra  
y apenas vagas libre por el jardín del sueño.

Sabia de la Lujuria que sabe antiguas ciencias,  
te sacudes a veces entre imposibles muros,  
y más allá de todas las vulgares conciencias  
exploras los recodos más terribles y oscuros.

Y encuentras sombra y duelo. Que sombra y duelo encuentras  
bajo la viña en donde nace el vino del Diablo.  
Te posas en los senos, te posas en los vientres  
que hicieron a Juan loco e hicieron cuerdo a Pablo.

A Juan virgen y a Pablo militar y violento,  
a Juan que nunca supo del supremo contacto;  
a Pablo el tempestuoso que halló a Cristo en el viento,  
y a Juan ante quien Hugo se queda estupefacto.

Entre la catedral y las ruinas paganas  
vuelas, ¡oh Psiquis, oh alma mía!  
—Como decía  
aquel celeste Edgardo,  
que entró en el paraíso entre un son de campanas  
y un perfume de nardo—.

Entre la catedral  
y las paganas ruinas  
repartes tus dos alas de cristal,  
tus dos alas divinas.

Y de la flor  
que al ruiseñor  
canta en su griego antiguo, de la rosa,  
vuelas, ¡oh, Mariposa!,  
a posarte en un clavo de nuestro Señor.

#### XIV

#### EL SONETO DE TRECE VERSOS

¡De una juvenil inocencia  
qué conservar sino el sutil  
perfume, esencia de su Abril,  
la más maravillosa esencia!

Por lamentar a mi conciencia  
quedó de un sonoro marfil

un cuento que fue de las *Mil*  
y *Una Noches* de mi existencia...

Scherezada se entredurmió...  
El Visir quedó meditando  
Dinarzada el día olvidó...  
Mas el pájaro azul volvió...  
Pero...  
No obstante...  
Siempre...  
Cuando...

## XV

¡Oh, miseria de toda lucha por lo finito!  
Es como el ala de la mariposa  
nuestro brazo que deja el pensamiento escrito.  
Nuestra infancia vale la rosa,  
el relámpago nuestro mirar,  
y el ritmo que en el pecho  
nuestro corazón mueve,  
es un ritmo de onda de mar,  
o un caer de copo de nieve,  
o el del cantar  
del ruiseñor,  
que dura lo que dura el perfumar  
de su hermana la flor.  
¡Oh, miseria de toda lucha por lo finito!  
El alma que se advierte sencilla y mira clara  
mente la gracia pura de la luz cara a cara,  
como el botón de rosa, como la coccinela,  
esa alma es la que al fondo del infinito vuela.  
El alma que ha olvidado la admiración que sufre  
en la melancolía agria, olorosa a azufre,  
de envidiar malamente y duramente, anida  
en un nido de topos. Es manca. Está tullida.  
¡Oh, miseria de toda lucha por lo finito!

## XVI

### A PHOCÁS EL CAMPESINO

Phocás el campesino, hijo mío, que tienes,  
en apenas escasos meses de vida, tantos  
dolores en tus ojos que esperan tantos llantos  
por el fatal pensar que revelan tus sienas...

Tarda en venir a este dolor adonde vienes,  
a este mundo terrible en duelos y en espantos;  
duerme bajo los Ángeles, sueña bajo los Santos,  
que ya tendrás la Vida para que te envenenes...

Sueña, hijo mío, todavía, y cuando crezcas.  
perdóname el fatal don de darte la vida  
que yo hubiera querido de azul y rosas frescas;

pues tú eres la crisálida de mi alma entristecida,  
y te he de ver en medio del triunfo que merezcas  
renovando el fulgor de mi psique abolida.

## XVII

¡Carne, celeste carne de la mujer! Arcilla  
—dijo Hugo—, ambrosía más bien, ¡oh maravilla!,  
la vida se soporta,  
tan doliente y tan corta,  
solamente por eso:  
¡roce, mordisco o beso  
en ese pan divino  
para el cual nuestra sangre es nuestro vino!  
En ella está la lira,  
en ella está la rosa,  
en ella está la ciencia armoniosa,  
en ella se respira  
el perfume vital de toda cosa.  
Eva y Cipris concentran el misterio  
del corazón del mundo.  
Cuando el áureo Pegaso  
en la victoria matinal se lanza  
con el mágico ritmo de su paso  
hacia la vida y hacia la esperanza,  
si alza la crin y las narices hincha

y sobre las montañas pone el casco sonoro  
y hacia la mar relincha,  
y el espacio se llena  
de un gran temblor de oro,  
es que ha visto desnuda a Anadiomena.

Gloria, ¡oh Potente a quien las sombras temen!  
¡Que las más blancas tórtolas te inmolen!  
¡Pues por ti la floresta está en el polen  
y el pensamiento en el sagrado semen!

Gloria, ¡oh Sublime que eres la existencia  
por quien siempre hay futuros en el útero eterno!  
¡Tu boca sabe al fruto del árbol de la Ciencia  
y al torcer tus cabellos apagaste el infierno!

Inútil es el grito de la legión cobarde  
del interés, inútil el progreso  
*yankee*, si te desdeña.  
Si el progreso es de fuego, por ti arde.  
¡Toda lucha del hombre va a tu beso,  
por ti se combate o se sueña!

Pues en ti existe Primavera para el triste,  
labor gozosa para el fuerte,  
néctar, Ánfora, dulzura amable.  
¡Porque en ti existe  
el placer de vivir hasta la muerte  
ante la eternidad de lo probable!...

## XVIII

### UN SONETO A CERVANTES

*A Ricardo Calvo.*

Horas de pesadumbre y de tristeza  
pasa mi soledad. Pero Cervantes  
es buen amigo. Endulza mis instantes  
ásperos, y reposa mi cabeza.  
Él es la vida y la naturaleza,  
regala un yelmo de oros y diamantes  
a mis sueños errantes.  
Es para mí: suspira, ríe y reza.

Cristiano y amoroso caballero,  
parla como un arroyo cristalino.  
Así le admiró y quiero,  
viendo cómo el destino  
hace que regocije al mundo entero  
la tristeza inmortal de ser divino.

XIX

MADRIGAL EXALTADO

*A mademoiselle Villagrán.*

*Dies irae, dies illa!*  
*Solvat seclun in favilla*  
cuando quema esa pupila!

La Tierra se vuelve loca,  
el Cielo a la Tierra invoca  
cuando sonrío esa boca.

Tiemblan los lirios tempranos  
y los árboles lozanos  
al contacto de esas manos.

El bosque se encuentra estrecho  
al egipán en acecho  
cuando respira ese pecho.

Sobre los senderos, es  
como una fiesta, después  
que se han sentido esos pies;

y el Sol, sultán de orgullosas  
rosas, dice a sus hermosas  
cuando en primavera están:  
¡Rosas, rosas, dadme rosas  
para Adela Villagrán!

XX

MARINA

Mar armonioso,  
mar maravilloso,  
tu salada fragancia,  
tus colores y músicas sonoras  
me dan la sensación divina de mi infancia,  
en que suaves las horas  
venían en un paso de danza reposada  
a dejarme un ensueño o regalo de hada.

Mar armonioso,  
mar maravilloso,  
de arcadas de diamante que se rompen en vuelos  
rítmicos que denuncian algún ímpetu oculto,  
espejo de mis vagas ciudades de los cielos,  
blanco y azul tumulto  
de donde brota un canto  
inextinguible;  
mar paternal, mar santo,  
mi alma siente la influencia de tu alma invisible.

Velas de los Colones  
y velas de los Vascos,  
hostigadas por odios de ciclones  
ante la hostilidad de los peñascos;  
o galeras de oro,  
velas purpúreas de bajeles  
que saludaron el mugir del toro  
celeste, con Europa sobre el lomo  
que salpicaba la revuelta espuma.  
¡Magnífico y sonoro  
se oye en las aguas como  
un tropel de tropeles,  
tropel de los tropeles de tritones!  
Brazos salen de la onda, suenan vagas canciones,  
brillan piedras preciosas,  
mientras en las revueltas extensiones  
Venus y el Sol hacen nacer mil rosas.

XXI

CLEOPOMPO Y HELIODEMO

*A Vargas Vila.*

Cleopompo y Heliodemo, cuya filosofía  
es idéntica, gustan dialogar bajo el verde  
palio del platanar. Allí Cleopompo muerde  
la manzana epicúrea y Heliodemo fía

al aire su confianza en la eterna armonía.  
Malhaya quien las Pareas inhumano recuerde:  
Si una sonora perla de la clepsidra pierde,  
no volverá a ofrecerle la mano que la envía.

Una vaca aparece, crepuscular. Es hora  
en que el grillo en su lira hace halagos a Flora,  
y en el azul florece un diamante supremo:

Y en la pupila enorme de la bestia apacible  
miran como que rueda en un ritmo visible  
la música del mundo, Cleopompo y Heliodemo.

## XXII

### AY, TRISTE DEL QUE UN DÍA

Ay, triste del que un día en su esfinge interior  
pone los ojos e interroga. Está perdido.  
Ay del que pide eurekas al placer o al dolor.  
Dos dioses hay, y son Ignorancia y Olvido.

Lo que el árbol desea decir y dice al viento,  
y lo que el animal manifiesta en su instinto,  
cristalizamos en palabra y pensamiento.  
Nada más que maneras expresan lo distinto.

## XXIII

En el país de las Alegorías  
Salomé siempre danza,  
ante el tiarado Heredes,  
eternamente.

Y la cabeza de Juan el Bautista,  
ante quien tiemblan los leones,  
cae al hachazo. Sangre llueve.

Pues la rosa sexual  
al entreabrirse  
conmueve todo lo que existe,  
con su efluvio carnal  
y con su enigma espiritual.

XXIV

AUGURIOS

*A E. Díaz Romero.*

Hoy pasó un águila  
sobre mi cabeza;  
lleva en sus alas  
la tormenta,  
lleva en sus garras  
el rayo que deslumbra y aterra.  
¡Oh águila!  
Dame la fortaleza  
de sentirme en el lodo humano  
con alas y fuerzas  
para resistir los embates  
de las tempestades perversas,  
y de arriba las cóleras  
y de abajo las roedoras miserias.

Pasó un búho  
sobre mi frente.  
Yo pensé en Minerva  
y en la noche solemne.  
¡Oh búho!  
Dame tu silencio perenne,  
y tus ojos profundos en la noche  
y tu tranquilidad ante la muerte.  
Dame tu nocturno imperio  
y tu sabiduría celeste,  
y tu cabeza cual la de Jano,  
que, siendo una, mira a Oriente y Occidente.

Pasó una paloma  
que casi rozó con sus alas mis labios.  
¡Oh paloma!  
Dame tu profundo encanto

de saber arrullar, y tu lascivia  
en campo tornasol; y en campo  
de luz tu prodigioso  
ardor en el divino acto.  
(Y dame la justicia en la naturaleza,  
pues, en este caso,  
tú serás la perversa  
y el chivo será el casto.)

Pasó un gerifalte. ¡Oh gerifalte!  
Dame tus uñas largas  
y tus ágiles alas cortadoras de viento,  
y tus ágiles patas,  
y tus uñas que bien se hunden  
en las carnes de la caza.  
Por mi cetrería  
irás en jira fantástica,  
y me traerás piezas famosas  
y raras,  
palpitantes ideas,  
sangrientas almas.

Pasa el rruiseñor.  
¡Ah divino doctor!  
No me des nada. Tengo tu veneno,  
tu puesta de sol  
y tu noche de luna y tu lira,  
y tu lírico amor.  
(Sin embargo, en secreto,  
tu amigo soy,  
pues más de una vez me has brindado,  
en la copa de mi dolor,  
con el elixir de la luna  
celestes gotas de Dios...)

Pasa un murciélago.  
Pasa una mosca. Un moscardón.  
Una abeja en el crepúsculo.  
No pasa nada.  
La muerte llegó.

XXV

MELANCOLÍA

*A Domingo Bolívar.*

Hermano, tú que tienes la luz, dame la mía.  
Soy como un ciego. Voy sin rumbo y ando a tientas.  
Voy bajo tempestades y tormentas,  
ciego de ensueño y loco de armonía.

Ése es mi mal. Soñar. La poesía  
es la camisa férrea de mil puntas cruentas  
que llevo sobre el alma. Las espinas sangrientas  
dejan caer las gotas de mi melancolía.

Y así voy, ciego y loco, por este mundo amargo;  
a veces me parece que el camino es muy largo,  
y a veces que es muy corto...

Y en este titubeo de aliento y agonía,  
carga lleno de penas lo que apenas soporto.  
¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?

Y el aliento de la selva virgen,  
y el de las vírgenes hembras,  
y las dulces rimas de la Aurora,  
¡Alegría, Alegría, Alegría!

XXVI

¡ALELUYA!

*A Manuel Machado.*

Rosas rosadas y blancas, ramas verdes,  
corolas frescas y frescos  
ramos, ¡Alegría!

Nidos en los tibios árboles,  
huevos en los tibios nidos,  
dulzura, ¡Alegría!

El beso de esa muchacha  
rubia, y el de esa morena,  
y el de esa negra, ¡Alegría!

Y el vientre de esa pequeña  
de quince años, y sus brazos  
armoniosos, ¡Alegría!

## XXVII

### DE OTOÑO

Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no canta ahora  
con aquella locura armoniosa de antaño?  
Ésos no ven la obra profunda de la hora,  
la labor del minuto y el prodigio del año.

Yo, pobre árbol, produje, al amor de la brisa,  
cuando empecé a crecer, un vago y dulce son.  
Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa:  
¡Dejad al huracán mover mi corazón!

## XXVIII

### A GOYA

Poderoso visionario,  
raro ingenio temerario,  
por ti enciendo mi incensario.

Por ti, cuya gran paleta,  
caprichosa, brusca, inquieta,  
debe amar todo poeta;

por tus lóbregas visiones,  
tus blancas irradiaciones,  
tus negros y bermellones;

por tus colores dantescos,  
por tus majos pintoescos,  
y las glorias de tus frescos.

Porque entra en tu gran tesoro  
el diestro que mata al toro,  
la niña de rizos de oro.

Y con el bravo torero,  
el infante, el caballero,  
la mantilla y el pandero.

Tu loca mano dibuja  
la silueta de la bruja  
que en la sombra se arrebuja.

Y aprende una abracadabra  
del diablo patas de cabra  
que hace una mueca macabra.

Musa soberbia y confusa,  
ángel, espectro, medusa:  
tal aparece tu musa.

Tu pincel asombra, hechiza,  
ya en sus claros electriza,  
ya en sus sombras sintoniza;

con las manolas amables,  
los reyes, los miserables,  
o los Cristos lamentables.

En tu claroscuro brilla  
la luz muerta y amarilla  
de la horrenda pesadilla,

o hace encender tu pincel  
los rojos labios de miel  
o la sangre del clavel.

Tienen ojos asesinos  
en sus semblantes divinos  
tus ángeles femeninos.

Tu caprichosa alegría  
mezclaba la luz del día  
con la noche oscura y fría:

Así es de ver y admirar  
tu misteriosa y sin par  
pintura crepuscular.

De lo que da testimonio:  
por tus frescos, San Antonio;  
por tus brujas, el demonio.

XXIX

CARACOL

*A Antonio Machado.*

En la playa he encontrado un caracol de oro  
macizo y recamado de las perlas más finas;  
Europa le ha tocado con sus manos divinas  
cuando cruzó las ondas sobre el celeste toro.

He llevado a mis labios el caracol sonoro  
y he suscitado el eco de las dianas marinas,  
le acerqué a mis oídos y las azules minas  
me han contado en voz baja su secreto tesoro.

Así la sal me llega de los vientos amargos  
que en sus hinchadas velas sintió la nave Argos  
cuando amaron los astros el sueño de Jasón;  
y oigo un rumor de olas y un incógnito acento  
y un profundo oleaje y un misterioso viento...  
(el caracol la forma tiene de un corazón).

XXX

AMO, MÁS

Amar, amar, amar, amar siempre, con todo  
el ser y con la tierra y con el cielo,  
con lo claro del sol y lo oscuro del lodo:  
Amar por toda ciencia y amar por todo anhelo.

Y cuando la montaña de la vida  
nos sea dura y larga y alta y llena de abismos,  
amar la inmensidad que es de amor encendida  
¡y arder en la fusión de nuestros pechos mismos!

XXXI

SONETO AUTUMNAL  
AL MARQUÉS DE BRADOMÍN

Marqués (como el Divino lo eres), te saludo.  
Es el otoño, y vengo de un Versalles doliente.  
Había mucho frío y erraba vulgar gente.  
El chorro de agua de Verlaine estaba mudo.

Me quedé pensativo ante un mármol desnudo,  
cuando vi una paloma que pasó de repente,  
y por caso de cerebración inconsciente  
pensé en ti. Toda exégesis en este caso eludo.

Versalles otoñal; una paloma; un lindo  
mármol; un vulgo errante, municipal y espeso;  
anteriores lecturas de tus sutiles prosas;

la reciente impresión de tus triunfos... prescindo  
de más detalles para explicarte por eso  
cómo, autumnal, te envío este ramo de rosas.

XXXII

NOCTURNO

*A Mariano de Cavia.*

Los que auscultasteis el corazón de la noche,  
los que por el insomnio tenaz habéis oído  
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche  
lejano, un eco vago, un ligero ruido...

En los instantes del silencio misterioso,  
cuando surgen de su prisión los olvidados,  
en la hora de los muertos, en la hora del reposo,  
sabréis leer estos versos de amargor impregnados...

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores  
de lejanos recuerdos y desgracias funestas,

y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,  
y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.

Y el pensar de no ser lo que yo hubiera sido,  
la pérdida del reino que estaba para mí,  
el pensar que un instante pude no haber nacido,  
y el sueño que es mi vida desde que yo nací.

Todo esto viene en medio del silencio profundo  
en que la noche envuelve la terrena ilusión,  
y siento como un eco del corazón del mundo  
que penetra y conmueve mi propio corazón.

XXXIII

URNA VOTIVA

*A Lamberti.*

Sobre el caro despojo esta urna cincelo:  
un amable frescor de inmortal siempreviva  
que decore la greca de la urna votiva  
en la copa que guarda el rocío del cielo;

una alondra fugaz sorprendida en su vuelo  
cuando fuese a cantar en la rama de oliva,  
una estatua de Diana en la selva nativa  
que la Musa Armonía envolviera en su velo.

Tal si fuese escultor con amor cincelara  
en el mármol divino que brindase Carrara,  
coronando la obra una lira, una cruz;

y sería mi sueño, al nacer de la aurora,  
contemplar en la faz de una niña que llora  
una lágrima llena de amor y de luz.

XXXIV

PROGRAMA MATINAL

¡Claras horas de la mañana  
en que mil clarines de oro  
dicen la divina diana!  
¡Salve al celeste Sol sonoro!

En la angustia de la ignorancia  
de lo porvenir, saludemos  
la barca llena de fragancia  
que tiene de marfil los remos.

¡Epicúreos o soñadores,  
amemos la gloriosa Vida,  
siempre coronada de flores  
y siempre la antorcha encendida!

Exprimamos de los racimos  
de nuestra vida transitoria  
los placeres por que vivimos  
y los champañas de la gloria.

Devanemos de Amor los hilos,  
hagamos, porque es bello, el bien,  
y después durmamos tranquilos  
y por siempre jamás. Amén.

XXXV

IBIS

Cuidadoso estoy siempre ante el Ibis de Ovidio,  
enigma humano tan ponzoñoso y suave  
que casi no pretende su condición de ave  
cuando se ha conquistado sus terrores de ofidio.

XXXVI

THÁNATOS

*En medio del camino de la vida...,*  
dijo Dante. Su verso se convierte:  
En medio del camino de la Muerte.

Y no hay que aborrecer a la ignorada  
emperatriz y reina de la Nada.  
Por ella nuestra tela está tejida,  
y ella en la copa de los sueños vierte  
un contrario nepente: ¡ella no olvida!

XXXVII

OFRENDA

Bandera que aprisiona  
el aliento de Abril,  
corona  
tu torre de marfil.

Cual princesa encantada,  
eres mimada por  
un hada  
de rosado color.

Las rosas que tú pises  
tu boca han de envidiar;  
los lises  
tu pureza estelar:

Carrera de Atalanta  
lleva tu dicha en flor,  
y canta  
tu nombre un ruiseñor.

Y si meditabunda  
sientes pena fugaz,  
inunda  
luz celeste tu faz.

Ronsard, lira de Galia,  
te daría un rondel,  
Italia  
te brindará al pincel,

para que la corona  
tuvieses, celestial  
Madona,  
en un lienzo inmortal.

Ten al laurel cariño,  
hoy, cuando aspiro a que  
vaya a ornar tu corpiño  
mi rimado *bouquet*.

XXXVIII

PROPÓSITO PRIMAVERAL

*A Vargas Vila.*

A saludar me ofrezco y a celebrar me obligo  
tu triunfo, Amor, al beso de la estación que llega  
mientras el blanco cisne del lago azul navega  
en el mágico parque de mis triunfos testigo.

Amor, tu hoz de oro ha segado mi trigo;  
por ti me halaga el suave son de la flauta griega,  
y por ti Venus pródiga sus manzanas me entrega  
y me brinda las perlas de las mieles del higo.

En el erecto término coloco una corona  
en que de rosas frescas la púrpura detona;  
y en tanto canta el agua bajo el bosquejo oscuro,

junto a la adolescente que en el misterio inicio  
apuraré, alternando con tu dulce ejercicio,  
las ánforas de oro del divino Epicuro.

XXXIX

LETANÍA DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

*A Navarro Ledesma.*

Rey de los hidalgos, señor de los tristes,  
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,  
coronado de áureo yelmo de ilusión;  
que nadie ha podido vencer todavía,  
por la adarga al brazo, toda fantasía,  
y la lanza en ristre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos,  
que santificaste todos los caminos  
con el paso augusto de tu heroicidad,  
contra las certezas, contra las conciencias  
y contra las leyes y contra las ciencias,  
contra la mentira, contra la verdad...

¡Caballero errante de los caballeros,  
varón de varones, príncipe de fieros,  
par entre los pares, maestro, salud!  
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,  
entre los aplausos o entre los desdenes,  
y entre las coronas y los parabienes  
y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueron las victorias  
antiguas y para quien clásicas glorias  
serían apenas de ley y razón,  
soportas elogios, memorias, discursos,  
resistes certámenes, tarjetas, concursos,  
y, teniendo a Orfeo, tienes a orfeón!

Escucha, divino Rolando del sueño,  
a un enamorado de tu Clavileño,  
y cuyo Pegaso relincha hacia ti;  
escucha los versos de estas letanías,  
hechas con las cosas de todos los días  
y con otras que en lo misterioso vi.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,  
con el alma a tientas, con la fe perdida,  
llenos de congojas y faltos de sol,  
por advenedizas almas de manga ancha,  
que ridiculizan el ser de la Mancha,  
el ser generoso y el ser español!

¡Ruega por nosotros, que necesitamos  
las mágicas rosas, los sublimes ramos  
de laurel! *Pro nobis ora*, gran señor.  
¡Tiembla la floresta del laurel del mundo,  
y antes que tu hermano vago, Segismundo,  
el pálido Hámiet te ofrece una flor!

Ruega generoso, piadoso, orgulloso,  
ruega casto, puro, celeste, animoso;  
por nos intercede, suplica por nos,

pues casi ya estamos sin savia, sin brote,  
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,  
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,  
de los superhombres de Nietzsche, de cantos  
áfonos, recetas que firma un doctor,  
de las epidemias, de horribles blasfemias  
de las Academias,  
¡líbranos, Señor!

De rudos malsines,  
falsos paladines,  
y espíritus finos y blandos y ruines,  
del hampa que sacia  
su canalocracia  
con burlar la gloria, la vida, el honor,  
del puñal con gracia,  
¡líbranos, Señor!

Noble peregrino de los peregrinos,  
que santificaste todos los caminos,  
con el paso augusto de tu heroicidad,  
contra las certezas, contra las conciencias  
y contra las leyes y contra las ciencias,  
contra la mentira, contra la verdad...

¡Ora por nosotros, señor de los tristes,  
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,  
coronado de áureo yelmo de ilusión!;  
¡que nadie ha podido vencer todavía,  
por la adarga al brazo, toda fantasía,  
y la lanza en ristre, toda corazón!

XL

ALLÁ LEJOS

Buey que vi en mi niñez echando vaho un día  
bajo el nicaragüense sol de encendidos oros,  
en la hacienda fecunda, plena de la armonía  
del trópico; paloma de los bosques sonoros  
del viento, de las hachas, de pájaros y toros  
salvajes, yo os saludo, pues sois la vida mía.

Pesado buey, tú evocas la dulce madrugada  
que llamaba a la ordeña de la vaca lechera,  
cuando era mi existencia toda blanca y rosada,  
y tú, paloma arrulladora y montañera,  
significas en mi primavera pasada  
todo lo que hay en la divina Primavera.

XLI

LO FATAL

*A René Pérez.*

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,  
y más la piedra dura, porque ésa ya no siente,  
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,  
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,  
y el temor de haber sido y un futuro terror...  
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,  
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,  
y la carne que tienta con sus frescos racimos,  
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,  
¡y no saber adónde vamos,  
ni de dónde venimos!...